

LAS CRUZADAS.

(Conclusion.)

III.

Gregorio VIII y Clemente II provocaron la tercera cruzada, que fué predicada por Guillermo de Tiro: este consiguió tan buenos resultados en su empresa como sus antecesores Pedro el Ermitaño y el abad de Claraval. Tres reyes se comprometieron á seguirle, y fueron: Federico Barbarroja, de Alemania; Felipe Augusto, de Francia, y Ricardo, *corazon de leon*, de Inglaterra.

Para atender á los gastos de esta expedicion se impuso, á los que no quisieron formar parte de ella, una contribucion que se conoce con el nombre de *Diezmo saladino*, y que consistia en pagar cada uno la décima parte de sus rentas. Como es natural, se cometieron mil vejaciones y muchísimas violencias para conseguir su recaudacion, por haber dado el clero el ejemplo de no querer satisfacer este impuesto.

Los jefes de esta cruzada, como los de las anteriores, cometieron el desacierto de formar dos divisiones, con lo cual solo consiguieron debilitar sus fuerzas y quitar á la expedicion la homogeneidad de ideas é intereses que debian haber

procurado conservar. En virtud de esta determinacion, partió el primero Federico Barbarroja al frente de su ejército, el cual al principio encontró pueblos hospitalarios que le ofrecieron víveres en abundancia, especialmente en los Estados de Leopoldo de Austria y en la Hungría, en donde á la sazón gobernaba el país el rey Bela. El ejército de la cruz bajó pacíficamente por el Danubio y la Drava, y Federico fué recibido con magnificencia, habiéndole regalado la reina de Hungría, hermana de Felipe Augusto, á su paso por aquellas regiones, una rica tienda de campaña.

El emperador alemán comenzó á sentir los contratiempos al entrar en la Bulgaria, en cuyo punto los sérvios, los búlgaros y los griegos le hostilizaron á la vez, y en su marcha por el Asia las privaciones de que se vió rodeado y las batallas que tuvo que aceptar, diezmaron su ejército y ocasionaron su muerte, que tuvo lugar al querer atravesar á nado el río Seleucia.

El Duque de Suabia fué elegido para sustituirle, pero aquel puñado de hombres á cuya cabeza se colocó este príncipe, á pesar de que llegó á la Palestina, no realizó ningún hecho que haya merecido conservarse en el libro de la historia.

Los ejércitos de Felipe Augusto y Ricardo, *corazon de leon*, aleccionados con el resultado de las anteriores expediciones, hicieron su travesía por mar, aceptando el pensamiento indicado en la segunda cruzada por Rogerio; pero los odios y las discordias de sus capitanes hicieron, como dice Castro, infructuosa esta campaña, que se redujo solamente á la toma de la isla de Chipre y de San Juan de Acre.

La expedición de Enrique VI de Alemania contra la Siria es un episodio de esta cruzada, que no tuvo ni importancia ni consecuencias.

La cuarta la inició Inocencio III y la predicó Foulques de Neuilly.

En la asamblea celebrada en Compiègne se convino en que el viaje se haría por mar, y con este motivo fueron comisio-

nados algunos barones franceses para que se entendiesen con el Dux de Venecia, puesto que esta república era entonces la más rica y floreciente, tanto en marina como en comercio. Llegados á esta capital, se avistaron con el Dux, que á la sazón lo era el célebre Enrique Dandolo; convinieron en que el precio que llevaria por dar naves y víveres para hacer la travesía, sería 85.000 marcos de plata; ajustaron el tratado, y por último, con la aprobacion del Papa y de sus hermanos de armas, cerraron definitivamente las estipulaciones y se dispusieron ambas partes á llevar adelante el compromiso que habian firmado.

Nombraron jefe de esta cruzada á Teobaldo IV, Conde de Champaña, el que, á causa de morir antes de tomar el mando de esta expedicion, fué sustituido por el Conde de Bar, que renunció, como así mismo Eudo III, Duque de Borgoña, recayendo por fin el nombramiento de tan distinguido cargo en Bonifacio, Marqués de Monferrato, que lo aceptó. Si circunstancias y sucesos que poco á poco se fueron acumulando no hubiesen probado hasta la evidencia que el espíritu que impulsó el movimiento religioso del Occidente contra el Oriente habia decaido y se arrastraba lánguido y amortiguado en la conciencia de la Europa Cristiana, el espectáculo dado por los nobles de renunciar el puesto de honor que se les confiaba, y que los reyes más poderosos habian solicitado en las dos últimas expediciones, demostraria que el entusiasmo por las cruzadas iba desapareciendo, y que ya estas no eran peregrinaciones en masa hechas libre y espontáneamente, sino caravanas de aventureros que, despues de haber doblado la rodilla ante Roma para recibir la absolucion de sus culpas, una vez camino de Jerusalem levantaban el brazo, no para esgremir la espada en defensa de la fé que habian jurado, sino para cometer nuevas y mas indignas acciones que las que la bondad pontificia habia perdonado.

Este espectáculo dá la idea de lo que habia de ser, y en lo que habia de venir á parar esta cruzada. A las renunciias de los nobles siguieron dos años sin que se tomase determinacion

alguna, y á no ser por las exhortaciones del Papa y las quejas de los cristianos de Oriente, es posible que no se hubiesen movido las huestes que se habian alistado en el estandarte de la Cruz. Pero al partir se tocaron nuevos inconvenientes. Habiéndose reunido en Venecia y no habiendo podido juntar los 85.000 marcos de plata que se habian comprometido á pagar, el Dux les propuso un medio para salir del apuro; este consistia en que prestasen su ayuda á la república para someter á la ciudad de Zara, que se habia revelado y reconocido la autoridad del rey de Hungría. Los cruzados aceptaron el medio, pero el Papa le rechazó. Sin embargo, Dandolo no temió sus amenazas, y contando con el asentimiento de la division expedicionaria, se preparó para atacar á Zara. A su vez la Santa Sede, al verse desobedecida, y no pudiendo consentir que el ejército que habia creado una predicacion religiosa, antes de llevar á cabo su mision, esterilizase sus fuerzas sosteniendo los intereses de una política mundana, lanzó su excomunion contra el Dux, y la hizo estensiva á todos los venecianos.

Esto no obstó para que la cruzada siguiese el curso que se habia propuesto. Intentó someter á Zara, y la conquistó; despues se apoderó de Trieste y algunas otras ciudades; y luego, tras largas vacilaciones y debates, en vez de tomar el rumbo de Palestina, se dirigió á Constantinopla, en cuyo punto destronó al emperador, colocando en su lugar á *Alejo el Angel*, que no tuvo inconveniente en reconocer al Papa por jefe de la Iglesia Universal. Esta declaracion aplacó la ira del Pontífice contra los cruzados, tanto franceses como venecianos, y fué la causa de que levantase la excomunion que pesaba sobre ellos.

Para terminar la sucinta reseña de esta cruzada réstanos solo consignar un detalle del cual se ocupan algunos escritores y que cierto ó falso tiene tal importancia, que merece darle cabida en estos ligeros apuntes, sin que por esto se crea que lo admitimos ni lo rechazamos. Este detalle se refiere al raro alzamiento de 50.000 niños que se escaparon de sus casas paternas á instigacion de algunas personas que por su carácter

y sus votos estaban obligadas á enseñarles el respeto que se debe á la santidad del hogar doméstico. Ignoramos si este movimiento tuvo lugar, pero aun suponiendo que fuese una invencion de mal género, creada por la pasion política ó el interés religioso contra aquellas gigantescas expediciones, siempre probaria este hecho que la fé se habia debilitado, el objeto de estas empresas empequeñecido, y la fuerza, tanto material como moral, se iba perdiendo cuando no tenia poder suficiente para arrojar de sí el peso del ridículo que especies de esta naturaleza le lanzaban. La verdad es que aunque las cruzadas no habian terminado, su importancia habia disminuido, su círculo se habia limitado y sus aspiraciones se habian empobrecido. La epopeya de Godofredo la habia oscurecido y manchado la caricatura de Guido de Lusignan, y los cruzados ya no se inspiraban en las virtudes de los primeros héroes, si no que modelaban su conducta á la de aquellos que cubrieron de oprobio el pabellon cristiano. El Asia ya no fué el campo abierto donde lucharon las ideas; fué el campo cerrado donde se arañaron los intereses. La Palestina no fué la tierra prometida en donde se iba á conquistar la gloria de la vida ó la vida de la gloria; fué el país que ofrecia un vasto horizonte á la ambicion desordenada y á las operaciones mercantiles. El Santo Sepulcro, en fin, ya no fué la piedra en donde cual otro Jacob descansaba el cristianismo, y desde la cual se entreveia el cielo por medio de la escala mística que en sueños vió el hijo de Isaac; fué el iman que arrastró la codicia de muchos á vender su conciencia, como Esaú su primogenitura por un miserable plato de lentejas. La época de la fé estaba desapareciendo; un nuevo período iba á abrir un nuevo capítulo en la historia de la humanidad.

IV.

La quinta cruzada fué predicada por el cardenal Pedro Roberto de Courzon, al que acusan de haber abusado de su autoridad y de la buena fé de los cristianos. Michaud, en su *Historia de las Cruzadas*, dice que «habiéndose colocado cepillos en todas las iglesias para recibir las limosnas de los fieles, se reunieron inmensas cantidades, que fueron depositadas en manos del cardenal de Courzon, á quien acusaron de haber dado otro uso á los dones ofrecidos á Jesucristo. Es verdad que el cardenal usurpaba en Francia todas las prerrogativas de la corona, imponiendo tributos en nombre de la Santa Sede, alistando guerreros, aboliendo deudas y prodigando castigos y recompensas, lo que hace más verosímiles las acusaciones que se le dirigian.»

Pero sea de esto lo que fuere, el hecho es que él la predicó en tiempo de Honorio III, y la mandó Andrés II, rey de Hungría; y aunque tambien se comprometió á ir Federico II, emperador de Alemania, este aplazó su partida.

Esta expedicion hizo tambien su travesía por mar y efectuó su desembarque en Tolemaida. El rey de Hungría, despues de haber estado algun tiempo por los Santos Lugares, regresó á Europa sin haber conquistado un palmo de tierra. En su lugar fué nombrado Juan de Briena. Los cruzados á sus órdenes, despues de dos años de sitio, conquistaron á Damietta en 1219. Pero habiéndole disputado el mando Pelagio, monge español, y cardenal, por ser legado del Papa, y el Papa el jefe natural de las guerras santas; y habiendo la Santa Sede decidido en esta cuestion en favor de su legado, tal inteligencia mostró el nuevo caudillo, que en poco tiempo perdió la única ciudad de que se habian apoderado. Damietta volvió á ser ocu-

pada otra vez por los turcos, gracias á la impericia de Pelagio y á la p rfida accion del sultan del Cairo, que mandó levantar una noche las esclusas del Nilo mientras el ejército cristiano estaba entregado al sueño.

La sexta cruzada la mandó Federico II de Alemania. Esta expedicion dió lugar   que se ajustase un tratado entre este monarca y el sultan de Egipto Al-Kamel, segun unos, y Al-malec, segun otros, por el cual concertaron una tregua de diez años, cediendo en cambio este   aquel las ciudades de Jerusalem, Belen, Nazaret y Sidon. Con este motivo Federico fué proclamado rey de la ciudad santa en 1229, y se dió por terminada la campaña.

El concilio de Lion, célebre por más de un concepto, anunció la sétima cruzada. A su frente se colocó el santo rey Luis IX de Francia, al cual acompañaron una multitud de caballeros. Se embarcaron en Aguas-muertas y desembarcaron cerca de Damietta: sin embargo, en la travesia perez  la mitad de la division por efecto de una tempestad. La otra mitad se apoderó de Damietta,  nica victoria que alcanzó, y despues fué desecha en el desastre de Mansourah. El cautiverio del rey y de toda la nobleza provocó un tratado de paz que dió fin á esta cruzada.

La octava y última fué dirigida por San Luis y Eduardo, rey de Inglaterra. El blanco de esta expedicion fué Túnez, en cuyo sitio enferm  todo el ejército y murió el santo rey y uno de sus hijos.

Así terminaron esos grandes movimientos que por espacio de dos siglos tuvieron agitado al mundo, y que alteraron tan profundamente las bases constitutivas de la sociedad. La sacudida que recibí esta se extend  desde el fondo donde se alberga la vida más íntima del hombre hasta la superficie donde se anima la vida pública de los pueblos. El arte, la industria, el comercio, la propiedad, la religion, la familia, todo cambi  de aspecto, todo se trasform . Los apóstoles de la f , al lanzar el grito de *  Dios lo quiere!* y colgar en el pecho de los cristianos la roja cruz que dispensaba de toda penitencia

y perdonaba todos los pecados, consumaron, sin darse cuenta de ello, la revolucion quizá más trascendental que ha conmovido á la humanidad. Aquellas expediciones gigantescas, al abrir las puertas del Oriente, poblaron los mares de buques y los puertos de mercancías; al arrancar de sus casas solariegas á los señores feudales les hicieron perder sus bienes, que fueron á aumentar los de los conventos, y su influencia, que pasó á manos de los pueblos con la creacion de los municipios; al arrojar á la Europa en el camino de Palestina removieron el cuerpo social y le desprendieron de los elementos disolventes que le corroian; al enriquecer á las iglesias dieron importancia y esplendor á las artes, levantando esas soberbias catedrales que deben su formacion al génio al mismo tiempo que á la fé; y al inspirar la idea de conquistar los Santos Lugares alimentaron el espíritu religioso y desarrollaron el instinto caballeresco. Y tan evidente es esto en cuanto á la prepiedad que sin rebuscar citas nos lo atestigua el ejemplo de Godofredo, que vendió el Bouillon al cabildo de Lieja; el del duque de Normandía, que empeñó su ducado á su hijo segundo, Enrique I, rey de Inglaterra, que le habia desposeido de la corona; y el del conde de Tolosa, que se despojó de su casa en favor de un bastardo. Por lo que respecta á la política, la creacion del gobierno municipal vigorizó el poder real al paso que debilitó el de los señores feudales, y las ciudades por este hecho, que adquirieron á peso del oro que se gastó en las Cruzadas, conquistaron los derechos consagrados por la naturaleza y sentaron el cimiento sobre el cual hoy se asienta la libertad moderna. En cuanto al comercio y á la industria, conocida es la gran importancia que alcanzaron las repúblicas italianas y todos los centros marítimos y mercantiles bañados por las aguas del Mediterráneo; pero esta importancia no se concretó á estos puntos, sino que se extendió á la Alemania, cuyos rios, segun dice una historia de aquella nacion, se cubrieron de barcos, adquiriendo en poco mas de un siglo los comerciantes un poder tal que hizo temblar más de una vez á los reyes de Suecia y Dinamarca. En lo referente á la fa-

milia, los alistamientos en masa en la milicia creada para la *guerra santa* conmovieron profundamente el hogar doméstico, pues todos á porfía se apresuraron á abandonar los pobres sus chozas, los señores sus posesiones, los monjes sus claustros y los príncipes sus Estados. Aquella emigracion, si así puede llamarse, fué tan extraordinaria, que San Bernardo, dirigiéndose al Papa Eugenio, le escribía las siguientes palabras: «Las ciudades y los castillos están desiertos; por todas partes se ven viudas, cuyos maridos están vivos.» Y finalmente, en cuanto á la religion, los abusos y los excesos cometidos en aquellas expediciones crearon protestas, y las protestas re- criminationes, y unas y otras oposicion de doctrinas, y estas la relajacion del principio de autoridad, y todo junto el des- prestigio de los poderes y el desencanto de la fé. Pero des- graciadamente al apagarse esta antorcha en las manos de los cruzados, los príncipes de la Iglesia quisieron reanimar su fuego haciendo que su última chispa encendiese las nacientes hogueras de la Inquisicon, sin reparar ¡insensatos! que la luz del sol no la sustituye el carbon enrojecido á la fuerza en el hornillo, donde ensaya sus experimentos la ciencia. La fé virtud se convirtió en fé poder, y la santa creencia en invis- ible tribunal que, al aplicar sus fallos, hizo arder en una mis- ma pira los ojos que alumbran los horizontes de la materia y la venda tras la cual se oculta el esplendor que ilumina las profundidades del alma. Lo que debió de ser objeto de una mi- sion espiritual y una predicacion apostólica, se convirtió en un Oficio que, no por llamarse santo, es menos odioso y repug- nante para todos los que se cobijan bajo la bandera de Aquel que aun en la misma cruz no tuvo más que palabras de per- don para la misera humanidad.

Todo este conjunto monstruoso de mejoras y torpezas fué el resultado de las Cruzadas. Por lo demás, si el arte arqui- tectónico especialmente se levantó á portentosa altura, la ciencia, guarecida en los conventos, solo debe á esas expedi- ciones la invencion de los escudos de armas, que con más van- didad que inteligencia calificaron con el nombre de ciencia del blason.

Tras esta época de aventuras militares y extraños acontecimientos apareció otra de empresas galantes y locas quimeras. A las Cruzadas sucedió la *caballería*. los relatos de los peregrinos, las hazañas de los caudillos, los cuentos de los orientales sirvieron de asunto á los trovadores para regalar el oído de las altivas castellanas al pié de las fortalezas señoriales, cuyos cantos llegaban á sus ventanas envueltos por la brisa en el doble perfume de la poesía y del aroma de los campos. Las largas campañas y las largas ausencias inspiraron á los cruzados aquel culto caballeresco á las damas y aquella deificación grosera, pero entusiasta, del amor, que produjo tantas y tan nobles acciones, tantos y tan insignes desatinos. Estas dos épocas, que se amalgaman y se completan, dieron ocasión á que se escribieran dos libros que ha engarzado el génio, á manera de dos diamantes, en el sello de la inmortalidad. Esos dos poemas que el Tasso y Cervantes nos legaron cubren con el encanto de sus bellezas la forma monstruosa que dieron á sus delirios los cruzados peregrinos y los andantes caballeros.

Hoy que miramos todos esos hechos á través de los siglos, y se presentan á nuestra vista depurados por el crisol de la crítica, no podemos dejar de reconocer que esos acontecimientos, con todos sus excesos y todos sus abusos, son providenciales, y cuando tienen lugar purifican de muchos vicios la tierra, como el rayo purifica la atmósfera. Las Cruzadas dejaron arruinada y despoblada la Europa; en cambio abrieron el mercado del Asia, y con él fuentes de riquezas desconocidas. No olvidemos que á ellas se deben el renacimiento del arte, la constitución del municipio y la muerte del feudalismo, y no echemos en olvido que los movimientos que realizan tales conquistas son los que imprimen verdadero carácter en la marcha de la civilización.

C. CALVO RODRIGUEZ.

EL SUELO DE LA PÁTRIA.

De dos modos puede aumentarse el suelo de la patria: por medio de conquistas guerreras fuera del territorio, y por medio de conquistas agrícolas en el interior. Lo primero no se consigue sin muchas lágrimas y sangre, y supone frecuentemente una injusticia en la historia; lo segundo se logra con el ejercicio de un trabajo legítimo, y es la honra de la humanidad que domina con su inteligencia las fuerzas más poderosas de la Naturaleza. Lo primero es la barbarie y el despotismo; lo segundo el progreso y la libertad. De la misma manera puede disminuirse de dos modos el suelo pátrio; por invasiones extrañas que lo merman, y por los ríos que lo arrastran á los abismos del Océano.

El diplomático que celebra un tratado cediendo parte de una provincia, y el alcalde que arrasa un monte obligando á emigrar á la población de un valle, son una misma cosa para la patria: para la humanidad es mil veces peor el último. Algunas de nuestras provincias de Levante han talado las nueve décimas partes de sus bosques: setenta mil hijos de esas provincias riegan con su sudor las abrasadas arenas de la Argelia, y con su sangre los surcos profanados por las kábilas que pugnan por sacudir el yugo de Francia.

La extensión de un país no debe medirse en el mapa

geográfico, sino en el agronómico. La Geografía engaña. La vega de Zaragoza es más grande que la Mancha. Bélgica es mayor que España. Europa es más extensa que África.

España no está conquistada todavía. La costa está rodeada de marismas alternativamente cubiertas y abandonadas por la marea como si convidáran al capitalista y al agricultor. Y dentro hay deltas y pantanos que esparcen en derredor la muerte, lagunas que piden desagüe, torrentes y ramblas que sólo exigen, en cambio de sus dilatados cauces, dos diques á lo largo y algunos millones de árboles en las montañas. Estas marismas, deltas, islas, lagunas y ramblas representan una extensión superior á la mayor de nuestras provincias. Y no hablo de las etapas, cuya conquista por medio de pantanos y canales representa más de dos provincias.

El cimiento lo prepara la naturaleza, el suelo se engendra del trabajo. Mientras haya rocas y playas, hay campo que conquistar para la familia y fronteras que ensanchar para la patria. El suelo de Holanda es muy rico, y el de Egipto más rico todavía; pero no les ha sido regalado *gratis et amore*: los egipcios deben á su laboriosidad la patria, y los holandeses la deben á su génio. El día que los primeros abandonaran sus diques y compuertas, el Egipto se deslizaria átomo por átomo hasta el fondo del Mediterráneo, y el Nilo correria sobre una inmensa roca de granito. El día que los segundos descuidáran sus diques y molinos de viento, la Holanda seria invadida por las olas, y el mar del Norte recobraría sus antiguos dominios. En un año, egipcios y holandeses se quedarían sin patria. Más de 700.000 hectáreas miden los terrenos conquistados al mar en los Países-Bajos, y más de 100.000.000 las tierras creadas por el Nilo en Egipto. Estas son las verdaderas conquistas: el campesino vascongado, arrebatando al golfo cantábrico diez peonadas de tierra de marisma, realiza una empresa más permanente y gloriosa que el soldado alemán arrebatando á la Francia un pedazo de la Alsacia; y el ministro que fundó la Carolina en Sierra-Morena ensanchó más los horizontes de su patria que el desdichado emperador que agregó á la suya las provincias de Niza y de Saboya.

Cada inundacion de nuestros rios arrastra un distrito: cada cien inundaciones se llevan al mar una provincia. Por el contrario, cada rio sangrado por canales y desviado por diques duplica todos los años la extension de cada distrito y de cada provincia. Es un dolor presenciar esas avenidas turbias que arrastran con las raices de los árboles la tierra vegetal de las montañas, y con las mieses del valle los campos donde vivian esas familias de mendigos que acosan á los felices de las ciudades. Es un dolor contemplar la insistencia con que son invadidas nuestras moradas y jardines por esas mismas olas que debieran ser las nodrizas de nuestra Agricultura. Es un dolor presenciar la indiferencia con que la Administracion vé sepultarse la pátria, pedazo tras pedazo, en esos mares que debieran ser para ella inagotables veneros de riqueza.

No, la pátria no la regala la Naturaleza sin que el sudor de la inteligencia y el esfuerzo del brazo fecunden hasta las hendiduras de la roca. Cuando los judíos conquistaron la Palestina, era esta un país montañoso y estéril; mas ellos, laboriosos como eran, supieron trasformarlo y cultivar las laderas hasta las mismas cumbres por medio de muros de sostenimiento, planicies escaionadas, y grandes plantaciones de frutales: con motivo de las cautividades que padeció este pueblo volvieron á descarnarse las montañas, y los aguaceros destruyeron esa pátria hija del arte y del trabajo, á punto de tener que restablecerla en tiempo de Herodes por los mismos procedimientos que en tiempo de Josué. Si los suizos redujeran á carbon sus bosques, en pocos años se quedarian sin pátria y sin libertad: sus montañas y lagos, nidos de amor y poesía, serian espantables abismos, pantanos infectos y descarnadas cordilleras, tan solo de buitres y lobos visitadas. Los árboles crean, sujetan y ayudan á utilizar el suelo vegetal: son obreros que no descansan nunca, reemplazan á los antiguos esclavos; lo cual explica el bárbaro consejo de aquel prefecto francés que, para someter á la indomable Córcega no halló medio más eficaz que cortar de pié los castaños de toda la isla. La receta, en verdad, tiene la sancion de la experiencia y trae

muy lejano abolengo: recuérdese que los albigenses se rindieron á Humberto cuando vieron que se daba orden de arrasar las viñas de la Provenza; y Tougout abrió sus puertas al sitiador Saláhbey de Constantina en 1788, cuando los soldados principiaron á talar las palmeras de los alrededores. Perder las vides y las palmeras era perder la pátria, y abandonaron la libertad política por miedo de caer en una más dolorosa servidumbre.

Hemos dicho antes que, mientras haya rocas y playas, hay campo que conquistar para la familia y fronteras que ensanchar para la pátria. El hombre que taladra un pozo en medio de la lanza ó de la estepa, haciendo surgir á su alrededor un oasis, ha ensanchado el suelo de la pátria, conquistando para ella la vena líquida que aprisionan los estratos del subsuelo. El hombre que aplana y escalona la roca y deja que las aguas correntias le lleven la tierra vegetal ó la trasporta él mismo, ensancha las fronteras de la patria. El hombre que puebla un lago de peces ó una bahía de ostras, aumenta el suelo de la pátria. El hombre que opone un dique á la marea y deseca una marisma, ese ensancha en dos sentidos la pátria, porque conquista además las aguas. El que planta y cultiva un árbol agranda en muchos sentidos la pátria, porque reduce á dominio suyo la atmósfera, inagotable mina de elementos primarios con que las hojas elaboran ricos y sustanciosos frutos sin el más leve detrimento del suelo. El hombre que construye una barca extiende el suelo de la pátria en todos sentidos, porque conquista los aires y las aguas, y la lleva de mar en mar hasta los países más remotos.

Si se hace una hoya en el granito, á los pocos años la encontramos llena de tierra y cubierta de vegetacion. El aire y el agua han descompuesto, como agentes químicos, la roca, y sus primeros detritus, junto con el polvo llevado por el viento, hacen posible la vida de los musgos. Siguiendo la descomposicion de los elementos graníticos y las generaciones de líquenes, musgos y saxifragas, el hoyo se va llenando, el viento deposita en el semillas de zarzas, romeros y gramíneas;

un ave entierra por acaso una aceituna, una bellota, una baya de enebro ú otro fruto, y al cabo de algunas generaciones de plantas descompuestas, aparece coronada la roca por un apretado ramillete de robles, acebuches, alerces, pinos, hayas, almeces, higueras silvestres, etc., en demostracion de que la naturaleza ayuda al hombre cuando éste principia por ayudarse.

En las orillas del Rhin no quieren esperar tanto: abren hoyos en la roca, ponen en cada uno dos espuertas de tierra, y plantan una vid. Así, para los que viajan por este rio es un espectáculo curiosísimo ver la cumbre del precipicio, cuyo pié lame, festoneada con una línea de sarmientos pendientes que forman como una greca verde y encarnada de racimos y pámpanos. En la Provenza siguen tan buen ejemplo de tiempo inmemorial: abren un hoyo, y en lugar de una vid plantan un olivo. En Cataluña practican ambas cosas: plantan la vid y el olivo en los hoyos abiertos en la roca con pico, ó en el subsuelo con barrena.

En un pueblo de Las Garrigas, provincia de Lérida, existe un benedictino que ha creado por este medio una maravilla. principi6 por nivelar una corta estension en la falda de una colina descarnada, disponiendo su superficie en regueras de tal modo, que las aguas depositasen la tierra disuelta en su curso y formasen el suelo vegetal. Hecho esto, abrió á fuerza de cincel y martillo una cómoda y espaciosa habitacion en la roca viva, perforó pozos y estableció en ellos norias de mano, siendo á los pocos años el jardín más envidiado del cortorno por sus ricas y variadas frutas, hortalizas y flores, y el modelo más elocuente, con arreglo al cual sus convecinos han aprovechado, por medio de muros de sostenimiento y planicies escalonadas, las pendientes de aquel escabroso país, hoy deliciosa Suiza, abundante en vino, aceite, almendras, avellanas y anís. Esto se llama conquistar un campo para la familia y ensanchar el suelo de la patria.

Mucho más hacen en Bocairente (Valencia) capitalistas y jornaleros. Comienzan por atacar la roca, rebajándola por un

costado, y terraplenando con piedras y escombros la parte baja, despues de haber construido una pared de mamposteria para sostenerlos; y cuando, gracias á este trabajo, aparece un plano suficientemente extenso para formar una parcela, trasportan á lomo de caballeria la tierra que ha de constituir el suelo vegetal. Pocos meses despues, esta parcela aparece trasformada en naciente olivar ó en jardín perfectísimamente cultivado. Este trabajo, principiado ya de muy antiguo, viene continuándose sin interrupcion, porque el pueblo, levantado sobre peña, tiene pocas tierras laborables y bastantes aguas de manantial. Así los jornaleros utilizan sus ratos de ocio en crearse un pequeño huerto que los hace más independientes, y los capitalistas no desatienden esta productiva especulacion: hace poco se creó de esta manera una huerta que produce hoy 10.000 reales de renta.

Admirable modelo de esta clase de conquistas nos ofrecen tambien los berberiscos del Suda, en la antigua provincia de Numidia, fertilísimo granero que fué del imperio romano, y hoy playa infecunda del Sahara Oriental. En medio de la abrasada arena abren un hoyo en forma de embudo, de diez ó doce metros de profundidad, y con los escombros forman alrededor un abrigo que proporcione sombra. En el fondo de este hoyo plantan una palmera, cuyas raices van á buscar el agua que corre á pocos piés, y en las pendientes y á la sombra de la palmera siembran legumbres. Cuando el viento del desierto pasa por encima y las arenas entierran este cultivo singular, el pacífico nómida toma la pala y comienza de nuevo sus trabajos de excavacion. Así produce una gran parte de los dátiles que expenden nuestros comerciantes de ultramarinos, y así se enriquece el berberisco del Suda, en cuyo aspecto se revela una vida más sosegada y un bienestar más cierto que en sus vecinos los de Túnez y Argelia.

En España pueden repetirse y multiplicarse estos ejemplos. Hay regiones inmensas caldeadas por el sol, sin rastro de vegetacion, sin columna de humo ni veleta de campanario que anuncie la morada humana: estas regiones no

forma parte de la patria, son muchones intrusos que la encubren y la oscurecen; á pocos piés debajo del suelo palpita la vena líquida que aguarda la presencia del hombre de buena voluntad que quiera crear un campo para su familia y extender los dominios de su nación. En el Sahara se han abierto algunos pozos, la palmera ha crecido alrededor, el árabe ha plantado su tienda debajo, y el viento del desierto ha pasado de largo, murmurando palabras de respeto: la fuente y el pozo son la semilla del oasis, y el oasis es una conquista para la patria. Bien lo sabe la provincia de Murcia, que purga tan frecuentemente con terribles sequías el error de haber pelado las sierras, en cuyas descarnadas vertientes reverberan los rayos del sol, con que se volatizan las nubes formadas por los vapores del Mediterráneo: con pozos artesianos va reparando en parte y provisionalmente los efectos de su imprevisión. Cuando se atraviesa á Castilla por el ferro-carril del Norte, en el largo trecho que corre desde Avila á Valladolid y Búrgos, la vista se fatiga en vano buscando un árbol, un prado ó una choza: solo se ve la tierra agrietada despidiendo vapores de fuego, mieses blanquecinas pidiendo al inclemente cielo una gota de agua, y alguna junta de mulas inclinada sobre el charco, bebiendo el hirviente caldo que aún queda encima del fango. Pues bien, nada más fácil que multiplicar los oasis en medio de este desierto. El agua se encuentra á poca profundidad y las norias á poca distancia. El espectáculo agradable y consolador que ofrece al viajero la region del Vallés (Barcelona á Gerona), sembrada á derecha é izquierda de pozos y cigoñales, ese mismo puede adquirir en pocos años esta comarca, tan fértil cuando la socorren las lluvias. En todo el trayecto de Avila á Búrgos (250 kilómetros) hay 120 casas de guardas de pasos á nivel, de las cuales 116 tienen un pozo de 10 á 15 piés de profundidad, con agua bastante en muchos de ellos para surtir á los pueblos próximos y á los labradores y segadores de los campos durante todo el verano.

Y esto mismo sucede en casi toda la Mancha, pero no se saben aprovechar de tal ventaja, y las sequías siguen siendo el

azote de Castilla: en Daimiel, que lo entienden, hay más de 10.000 pozos y norias, y todo su término es huerta. La agricultura castellana viene á dar una cosecha cada cinco años: si proporcionase riego á sus campos y alternase sus cultivos, daría una cosecha ó dos cada año y habria ensanchado en millones de hectáreas el suelo de la pátria.

Todavía no es inconveniente insuperable por todo extremo el que el agua no esté tan superficial ó no se ofrezca de ningun modo. No hay obstáculo tan poderoso que no lo venza la diligencia: aún despues de adquirido el convencimiento de que por ningun medio cabe alumbrar aguas de riego, no ceja ni se cruza de brazos el hombre verdaderamente laborioso. Cuando Bowles viajaba por España, tuvo ocasion de ver en Reinosa á un particular que cultivaba en secano y sin riego plantas de regadío, cubriendo el suelo con losas agujereadas, unidas unas á otras, y plantando coles ú otras legumbres al través de ellas; merced á lo cual, privado el suelo de evaporacion, se mantenía continuamente fresco como si se regára: Rozier ha practicado despues este sistema de cultivo con valdosas construidas *ad hoc* ó taladradas. Cuando Badía viajaba por Africa, vió cultivar melones, higueras y vides cerca de Alejandria, en un desierto de arena tan movediza que se hundian los caballos hasta el estribo: al efecto abrian zanjas de ocho ó diez piés de profundidad y talud muy pendiente, y en el fondo crecian las plantas cultivadas merced á la humedad que no lejos encontraban las raices en aquella profundidad.

No podemos pasar en silencio, aún cuando ya lo hemos indicado, uno de los medios más eficaces de extender considerablemente, acaso de doblar, el suelo de la pátria por medio de las *conquistas de la paz*, y mejorar rápidamente la situacion económica de nuestros campesinos y meuestrales, proporcionándoles subsistencias sanas, abundantes y á bajo precio. Se trata de esa antiquísima industria propia del Oriente, y que en cierto modo renace ahora, despues de muchos siglos de eclipse, en esta parte occidental de nuestro planeta, que facilita á la produccion terrestre el auxilio y cooperacion de

las aguas, tan menospreciada hasta hoy bajo este respecto, y convierte en superficies más productivas que los campos consagrados al beneficio de granos ó de caldos, las corrientes fluviales y los depósitos de agua, sean naturales,—lagunas y charcas, albuferas, cetarias ó corrales, etc., sean artificiales,—pantanos, estanques, pilas y piscinas, etc., se trata, en fin, de transformar la pesca en piscicultura, como se convirtió la caza en ganadería. La Acuicultura, verdadera ganadería de las aguas, puede ser en España una segunda Agricultura, ó bien fusionarse con ella como la ganadería terrestre: en Egipto, mientras dura la crecida del Nilo, los labradores extienden sus redes para pescar en los mismos lugares donde meses después cultivarán cereales y legumbres: en la Lorena hay terrenos que se inundan artificialmente, y en los cuales se observa esta curiosa rotación trienal: dos años carpas, que se siembran y cuidan hasta el día de la cosecha (230 kilogramos por hectárea), y el tercer año vegetales que no hace falta abonar. Semejante alternativa fito-zootécnica no la consentirían nuestros campos, á no ser los arrozales, pero tampoco nos es necesaria: basta poblar las aguas existentes, ó las que pueden almacenarse en tierras de fácil cierre y que no tienen otro destino, por medio del trasplante de pececillos, salmones truchas, sábalos, anguilas, etc., ajustándose á las reglas que la ciencia tiene acreditadas y sancionadas la experiencia de muy antiguo, por haber sido práctica común á chinos y romanos, en parte conservada hasta nuestros días en el Imperio celeste y en Italia, y haberse desarrollado en gran escala en algunos pueblos modernos, señaladamente en los Estados Unidos. En España no han faltado ensayos de cultivo ó cria piscícola, tanto por ovación artificial, como por trasplante directo de anguilas cogidas en el mar, que justifican las previsiones de la ciencia, llevadas á cabo por Graells en San Ildefonso, Muntadas en Piedra (Zaragoza), Revilla Oyuela en Viérnoles (Santander) y otros; y respecto del pasado, no carece de historia la piscicultura marítima española, habiendo adquirido fama en este sentido la Albufera de Valencia.

Así como la extensión económica de un país no puede medirse en el mapa geográfico sino en el agronómico, el volumen útil de los animales domesticables no se calcula por las fórmulas ordinarias de la estereometría, sino por los balances del ganadero ó del agricultor. Se ha dicho que una gallina deja más utilidad que una oveja (*Herrera, Dieste*), y nosotros debemos añadir que una anguila rinde mayor beneficio que una gallina; los cuidados están en razón inversa. Y de igual suerte que la ciencia recomienda hermanar el cultivo con la ganadería, establecer al lado de las yuntas de labor ganado de pasto, así debe situarse entre ambos, y al lado del conejar y gallinero, una alberca ó estanque para el ejercicio de esta industria zootécnica que puede hacerse doméstica con más facilidad que la mayor parte de las otras. La piscicultura debe entrar resueltamente, en clase de auxiliar, en el dominio de la Agricultura, sin perjuicio de constituirse como industria aparte; un breve depósito de agua, siquiera sea estante, producirá más fruto que una extensión de huerta mucho mayor; si el agua es escasa y sucia, las anguilas destruirán los infusorios y sustancias orgánicas que la vician, y las trasformarán en sustanciosa carne. En este sentido, por consiguiente, son de recomendar también los alumbramientos de agua, para que el beneficio de la piscicultura pueda alcanzar el mayor número posible de agricultores, y adquiriera mayor valor el suelo de la patria.

Queda probado cómo el trabajo y la constancia ensanchan el suelo natal y doran el porvenir de los desheredados diligentes y laboriosos, creándoles un coto y un hogar. Para dar cima á nuestro propósito, fáltanos demostrar cómo ese mismo suelo se pierde por inversos procedimientos, y cómo la emigración y pérdida consiguiente de la patria es necesaria consecuencia de la incuria en la conservación de la capa laborable, y más especialmente del trabajo destructor que se pone al servicio de una ambición desatentada.

La mujer de la fábula tenía una gallina que ponía todos los días un huevo de oro, pero cierto día la incanta abrió el

vientre del ave generosa para obtener en uu dia el oro que debia ser fruto de los años; y fué merecido castigo de su codicia quedarse sin el diario filon y sin la mina. Cuando de niños celebrábamos en la escuela el ingenioso cuento de Samaniego, no sabíamos que eso mismo se estaba representando con proporciones colosales en casi todas las montañas y valles de la Península, preparando largos dias de luto y desventura para la pátria. ¡Pluguiera al cielo que ignorásemos hoy tambien que la escena viene repitiéndose sin cesar y cada dia con mayor saña contra las últimas reliquias de nuestros bosques.

Cuando el labrador del llano siente el contacto de la roca en la reja de su arado, ó ve sustituido el mantillo de sus huertas por las piedras del torrente, resuelto á entretener unos años más el hambre de su familia acomete la falda de la colina, prende fuego á la maleza en las vertientes de la montaña, remueve la tierra de los declives y de las mesetas, y por fin, descarga los golpes de su *hacha patricida* en los últimos restos de la selva centenaria que alimentaba la fuente de su cocina y empapaba de clara lluvia el abrasado surco de sus campos, que refrescaba el aire del estío y templaba los rigores del invierno, En mal hora descuajó: su ganado encuentra agostado el césped que crecía en la pradera á la sombra de los robles: la fuente exprime las últimas gotas de su urna cuando la ceniza del matorral seca sus conductos: la lluvia, convertida en deshecho temporal, arrastra la tierra movida por el arado, dejando al descubierto la dura roca; y el imprudente labrador despues de ver diezmada su familia por algunos años de hambre y de epidemias, se ve obligado á levantar su tienda y bajar por la corriente del rio en busca de la tierra que su arado abandonó á la voracidad de los aguaceros. Así es como se convierte Babilonia en estepa y Cartago en desierto, así es como los valles que debieron reproducir la Suiza son abandonados por sus moradores, hasta que el trabajo de los siglos reconstruya sobre el impercedero cimiento la habitacion de las plantas amigas del hombre. Luégo el turbio torrente, con las riquezas mismas que roba al cultivador de la montaña, empo-

brece al cultivador del llano, y quizá ¡ay! invade las puertas de su morada y le arrebató los hijos de la cuna, como le arrebató los árboles y el campo. Los delitos de lesa naturaleza se pagan tarde, pero son terribles. Müller decía que un árbol representa la salud de un individuo, y puede añadirse que un árbol es la garantía de nuestra vida y el escudo de la patria. Tal vez al descargar la segur en el fondo del bosque habeis asestado un golpe de muerte en la garganta de vuestro hijo.

Talados los bosques la capa arable desaparece, las sequías menudean, con ellas alterna la piedra, y luego las provincias acuden á las Camaras pidiendo condonación de impuestos. Lo que el Gobierno recibió de más con la venta de los montes públicos, después lo recibe de ménos con las exenciones de pago. El Gobierno no ha ganado nada, y las provincias han perdido mucho. La tierra de las montañas han bajado á los valles, pero con ella han descendido también las inundaciones y los pedriscos. Existe en el partido judicial de Barbastro (Huesca) una sierra llamada Sevil, en la cual solian descargar las tormentas que durante el verano se levantan con gran frecuencia en el Pirineo, dejando libres de granizo los términos inmediatos, que son los más fértiles y ricos de la provincia. Pero la sierra ha quedado desnuda, se cortaron aquellos para-granizos que Dios plantó para escudo de la comarca, y las nubes, sin más respeto, arrojan sobre el llano la helada metralla de que van cargadas, haciendo purgar con hambre y llanto á los pueblos sus delitos de lesa naturaleza y de lesa patria.

En el Diccionario geográfico de Madoz se presenta el término de Chapinería totalmente cubierto de encinares; mas hoy ha desaparecido todo ménos la sîña de sus vecinos contra los árboles. Hace muy pocos años el labrador vivia desahogadamente con muy poco trabajo, y hoy, con un trabajo constante, apenas puede satisfacer sus más perentorias necesidades. ¿Y esto por qué? Porque un país en que solo cabe el régimen pastoril y selvícola ha sido convertido en malos campos de centeno. Los beneficios de la montanera y cria de ganado de cerda eran mas que suficientes para cubrir con creces la

cifra de gastos al fin del año, agregándose como suplemento de consideracion el carboneo y la arriería. Y á la vez que las encinas suministraban rico y abundante pasto para el ganado, detenian el curso de las nubes y determinaban la caída de lluvias normales, haciendo que jamás se perdieran las cosechas por falta de humedad ni se desnudáran los relieves del suelo por exceso de lluvia. «Era una pequeña Arcadia» nos decia con dolor no há mucho tiempo una persona ilustrada de aquella localidad, comparando la desolacion de ahora con el floreciente estado de entonces. El pueblo vivia feliz, no habia un solo proletario; hoy puede decirse que lo son todos. El demonio de la ambicion ha esterilizado la bella obra de la naturaleza. La fábula de los huevos de oro ha alcanzado aquí perfecta realidad. En 1865 fueron vendidos y talados los montes de este pueblo: el último propietario que conservó íntegra su parcela de bosque hubo de venderla precipitadamente, porque vino á convertirse en blanco del hacha de todos sus vecinos. Los primeros años se cogió trigo y patatas, ahora se coge centeno y retama; bien pronto no se cogerá nada, y la poblacion tendrá que dejar el antiguo hogar y pedir á extrañas gentes una nueva pátria. La triste cosecha de centeno perdida por la sequía, perdida por los aguaceros la delgada costra vegetal que las raíces de los árboles detenian y fecundaban sobre el granito, falta de abonos, falta de leña, falta de capital, falta de pureza en las costumbres y de sencillez en el trato: tales han sido los amargos frutos de la imprudente devastacion. El cultivo de cereales requiere más trabajo y mayores gastos, sufre más crecidos tributos, está expuesto á más contingencias, y en estas tierras remunera ménos que los encinares y robledales.

Este desconocimiento de las más elementales reglas de buen sentido acarrea consecuencias desastrosas en el orden social como en el fisico. Así, las calenturas intermitentes, que no eran conocidas en ese pueblo, se presentan ahora con una regularidad pasmosa apénas llega la primavera: el cólera, que en 1834 y 1855 respetó á su vecindario, ensañóse con él en 1865, cuando caian los últimos bosques bajo el *hacha desamor-*

tizadora. De día en día el castigo será más tremendo. Hoy ya, esta población, que no cuenta más de 270 familias, sirve á Madrid con un contingente de 60 á 70 criadas: en cambio sostiene 6 tabernas, donde se pierden las fortunas y las almas, y en un solo día hemos visto en su plaza 92 embargos fiscales de otros tantos patrimonios que no podían cubrir el contingente de los impuestos. Hé aquí el azote providencial: la miseria y las epidemias desde el primer momento, la disolución de la familia más tarde, y la amenaza de una total emigración para el porvenir.

Hemos citado este ejemplo, no como retrato de un caso particular, sino como espejo que reproduce la faz de casi todos los pueblos de la Península. La *intemperancia del arado* los ha perdido: se olvidaron del olivo, de la vid, de la morera, del naranjo, de la palma, del algarrobo, del castaño, de la encina, del pino, del almendro, que dan sus frutos sin cultivo ó con un cultivo ligero, y prefirieron el trigo, que requiere tierras sustanciosas y trabajos pesados: así es como el trigo los ha arruinado y ha mermado centenares de leguas al suelo de la patria.

Aristóteles profetizó que habria esclavos en el mundo mientras ne se discurriesen telares que fabricáran solos nuestros vestidos, y Cervantes nos dejó escrito que en la edad de oro no se atrevia la pesada reja del arado á abrir las entrañas piadosas de nuestra primera madre, bastándole á cada cual para alcanzar el ordinario sustento, alzar la mano y tomarlo de las robustas encinas que liberalmente le estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Aristóteles está ya satisfecho, en lugar de esclavos hay telares mecanicos en los talleres; pero Cervantes, resucitado, no encontraria desterrada de los campos la edad de hierro. El labrador español es esclavo del arado: no es él quien lo dirige, es el arado quien lo arrastra á él, no le deja un minuto para leer, ni para discurrir, ni para mejorarse y educar á su familia; los esclavos, que le servirían con amor y trabajarían por él, ó los despide, ó los desatiende, ó no se cura de buscarlos. Y la cuestion no es ya de simple

economía doméstica, sino que afecta á todo el régimen social. No se sabia leer, y se erigieron escuelas; no bastaba saber leer, faltaban libros, y se fundan ahora bibliotecas populares; pero tampoco es esto suficiente, porque ¿y tiempo para leer? En vano pugnarán los labradores por desahucarse de la esteva para tomar el libro; mientras no dejen en el campo quien trabaje por ellos, ellos no pueden abandonar el campo. ¿Y quienes van á ser los esclavos del agricultor?—A medida que el sol va pasando por su meridiano, el taitiano corta un eurus del *artocarpo* que da sombra á su cabaña, y lo asa para comerlo; el indio derriba de un machetazo un *platanero*, y distribuye el racimo de bananas entre los miembros de la familia; el berberisco pide á la *palmera* un puñado de dátiles, y enteros ó reducidos á harina le sirven de casi exclusivo alimento; el corso llena en el bosque comun su alforja de *castañas*, y las macera con la leche de sus ovejas; y pocas horas despues el brasileño indígena arranca las raíces del *manioc* y las tuesta bajo la ceniza. En un minuto han logrado lo que á nosotros, pobres habitantes del continente europeo, nos cuesta muchas horas: el pan nuestro de cada dia. Los árboles dan pan elaborado, y apénas necesitan el concurso del hombre: hê aquí, pues, un grupo de obreros gratuitos para la emancipacion del agricultor: diez artocarpos alimentan una familia en la Oceanía, y no necesita muchos más castaños para pasar ocho meses del año en Córcega, en los Cevennes y otros lugares de Europa: al cultivador mejicano le bastan dos dias de trabajo por semana, invertidos en sus plantaciones de bananeros, para obtener el necesario sustento de todo el año. La leccion no es para desaprovechada, por más que no hayamos de volver á una edad ovidiana, donde los hombres se contenten con frutos del árbol del pan ó con castañas. En la provincia de Santander una hectárea de prado natural produce tanto como una de trigo, y sin embargo, la primera absorbe seis meses de trabajo de un agricultor, mientras que la segunda no requiere más allá de ocho jornales por año: el agua y el sol hacen crecer las plantas forrajeras, estas toman sus elementos del suelo y del aire y las

reducen á heno, y las vacas y ovejas trasforman el heno en leche y carne: hé aquí otro grupo de dóciles esclavos para la redencion del agricultor, Prados caben en todas partes: desde el líquen, que crece para el reno bajo las nieves de Escandinavia, hasta el alhají, que vegeta para el camello sobre las arenas del Sahara, se extiende una escala gradual de vegetales pratenses aptos para todos los climas y para todas las circunstancias.—Ya hemos hecho mérito de los peces, que son el tercer grupo en esta relacion de medios propios para extender por via intensiva, mejorando sus condiciones de productividad, el suelo de la pátria.

Y respecto del mal causado, ¿hay medios para repararlo?

Sólo uno: desandar el camino andado, reconstruir la fábrica sobre sus ruinas, lograr del Ministro de Hacienda una rebaja de impuestos cada año, é invertirla en repoblar cumbres, perforar pozos y abrir canales. Lo demás es no entender una palabra de administracion y contribuir á que de dia en dia se achique más el suelo de la pátria. Esto por lo que toca á la iniciativa y á la parte más recia de la ejecucion; pero á la accion individual está reservada la mejor parte. En todo caso, conviene no confiar demasiado en la administracion; el no poder obrar lo pequeño á la sombra de lo grande, no es razon para dejar de obrar; no aguarda el pólipo la cooperacion de la ballena ni el auxilio de las corrientes ó de las tempestades para resolverse á emprender y proseguir la edificacion de los corales, de las islas, de los archipiélagos, de los continentes.

En montaña escarpada ó en arenal ardiente, nunca hay motivo bastante para juzgar difícil la trasformacion y dejarse vencer del desaliento; no se los abandone al curso ciego de la naturaleza, ántes bien, procúrese trasladar á ellos con exquisito arte los modelos de Suiza ó de Valencia, estos dos cuadros de arte viviente, aquel paisaje inmortal, este jardín eterno, tan envidiados siempre, aunque tan desiguales en condiciones naturales y en régimen y cultura social. Detenga el agua de los torrentes en zanjas y pantanos, plante árboles frutales y silvestres en las quebradas de las rocas y en las gargantas

de los valles, en las márgenes de los campos y alrededor de los pozos abiertos doquiera que asome un junco, ó afluya una vena, ó se incline un estrato. Prepare depósitos al agua de lluvia; taladre las capas de arcilla en busca de venas ocultas; plante de pinos y chopos las arenas y las pizarras de vides; escalone las tierras pendientes para sembrarlas de prado y hortaliza á la sombra de las higueras ó de los castaños, de los olivos ó de las encinas, de las moreras ó de los robles, de las acacias ó de los ailantos, de los almendros y nogales; haga triscar los corderillos en el lugar donde ahora va y viene estérilmente el arado, limpie y pueble de peces las charcas y torrentes donde sólo gusanos y ranas se remueven; y aparte del beneficio natural de ciento por uno con que la tierra remunera la aplicacion y diligencia de sus hijos, tendrá la satisfaccion de haber aumentado sin trastornos la propiedad de la familia, y de haber conquistado sin sangre nuevos dominios para la pátria.

Procediendo de otra suerte, los más apreciables dones de la naturaleza se tornan en motivo de maldicion y piedra de escándalo. Ya lo hemos dicho: así como el vivificante oxígeno mata si no se contraresta su accion con la accion contraria del nitrógeno, el sol animador de nuestros climas requiere el contrapeso de riegos abundantes si no ha de trocarse en urente y enemigo mortal de los vegetales; en las regiones boreales se ve forzado el lapon á emplear el calor artificial para acabarla madurez de la cebada que cultiva y con que elabora el pan de su familia: nuestros artificios agronómicos tienen que mirar á un objetivo opuesto, á proporcionar sombra y humedad á las plantas para que no las abraze el sol; si á los hombres del Norte les lloviera en las montañas y les corriera por los rios el calor que necesitan, como á nosotros el agua que nos hace falta, y pudieran conducirlo por canales á sus campos ó extraerlo del subsuelo por pozos artesianos! El mal y el bien no están tanto en la naturaleza como en nuestra voluntad: con ser uno mismo el sol para los persas y para los atarantes, aquéllos lo veneraban como vivificador de la naturaleza y éstos

lo injuriaban y maldecian, porque, dice Herodoto, con su ardor quemaba á los hombres y á la tierra: los primeros eran cultos y habian adelantado mucho en el arte de la irrigacion; los segundos eran salvajes. Tambien sopla igual el viento y fluye y refluye la marea para los salvajes pastores de las Laldas y para los diligentes agricultores del Brandemburgo, y sin embargo, los primeros dejan que las arenas del Atlántico invadan continuamente la Gascuña, mientras los segundos ganan al Báltico todos los dias, merced al arbolado, nuevos campos, que vienen á ensanchar, como otras tantas conquistas, el suelo dela pátria.—C.

«Revista de la Universidad de Madrid.»



ERÓTICAS Y MADRIGALES.

Ni un solo pensamiento
me inspira tu cariño,
que no sea el apacible sentimiento
de la inocencia y sencillez de un niño:
el eco de natura
á mis sentidos con impuro modo
su deseo no murmura;
mi pecho te ama tanto
porque fuera de tí para él es todo
oscura soledad, árido llanto,
inquietud y el vacío
de generosa aspiracion sintiera
sin lo adverso penar de tu desvío;
mas no presume, en el dolor prudente,
su confianza de pueriles años,
cuánto el alma sufriera
la amarga hiel que dan los desengaños,
si otro fuera tu dueño eternamente!

Cuentan pasmosas leyendas
que en las grutas encantadas

de los lagos, viven hadas
á las que el bosque en ofrendas
da miel y frutas doradas.

En flotantes y argentinas
gasas sus formas ocultan
y nadie ve sus divinas
gracias, porque se sepultan
en las ondas cristalinas.

Imágenes propias son
para el poeta y amante
de la soñada ilusion,
que va sin realizacion
del triste huyendo delante.

Yo que enamorado sigo
sus huellas, de tu sosten
préstame el favor amigo
para que goce contigo
hada mia, de tu eden!

La dulzura benigna de tu alma
que el furioso huracan de mi existencia
puede templar con apacible calma,

en tu nevada pura y noble frente
la colora el esmalte de inocencia
con que brilla de bien resplandeciente;
mas ¡ay, triste de mí! que sin ventura
en ese sol me abraso,
mientras veo que inclemente
declina mi recuerdo hácia el ocaso.

¿Para el no logrado amor
es el olvido un consuelo
ó es el eterno dolor
con que se pierde el fulgor
de la esperanza de un cielo?

No hay bien que el olvido pueda
dispensar, ni mal que exceda
al de ir sintiendo que nada
dentro del pecho nos queda,
de la muger adorada.

Su recuerdo al desterrar,
no apena el llanto verter
cuya fuente ha de secar,
sinó sentirse exhalar
su vida de nuestro ser.

Te amo....! si vas á olvidarme,
en mis lágrimas deshecho,
solo resta á consolarme
puedes de tí separarme,
mas no tu amor de mi pecho!

ATENODORO MUÑOZ.

Á LA RAZON.

No es la razon agena
á quanto el pensamiento humano abarca,
que verdades y errores definiendo
justa en el fiel coloca la balanza.
¿Qué nocion ó qué idea no analiza
en las secretas causas
con que la ciencia, luminoso foco,
se difunde á la atónita mirada!
De su existencia y su destino, en ella
solo el mortal la oculta clave halla,
móvil que á la virtud cierto le guia
y á Dios se eleva y lo comprende el alma.
Empero un poderoso
sentimiento á tu vasto arbitrio escapa
y no revelas el impulso vario
de esa pasion que al fin te hace su esclava:
Tú siempre vencedora
no puedes discernir por dominarla,
si quien bien quiere, de corazon quiere,
y tú, razon, no amas!

ATENODORO MUÑOZ.

BRISA.

La brisa es un viento notable por su regularidad, que sopla en las costas marítimas, dirigiéndose del mar hacia la tierra durante el día, y de la tierra hacia el mar durante la noche. Se llama brisa de mar en el primer caso y de tierra en el segundo.

Los habitantes de las costas y los que á ellas acuden con motivo, por ejemplo, de la actual estacion de baños, pueden observar que cuando el tiempo está en calma no se percibe movimiento alguno en el aire hasta las ocho ó las nueve de la mañana, pero á esta hora comienza una suave brisa de mar. Débil al principio y limitada á un pequeño espacio, aumenta poco á poco de fuerza y de extension hasta las tres de la tarde; vá disminuyendo despues y se acaba á la postura del sol; hay un rato de calma y comienza despues á soplar el viento en sentido contrario, ó sea de la tierra hacia el mar, creciendo durante la noche hasta que á su vez cede el lugar al dia siguiente á la brisa de mar, para repetirse sucesivamente el mismo fenómeno. Es sumamente sencilla su explicacion, y para las personas que la ignoren y deseen conocerla vamos á exponerla detalladamente.

El viento tiene siempre por causa la diferencia de densidad de dos masas de aire contiguas. Si la densidad del aire es por todas partes la misma, la atmósfera está en reposo; perocuan-do por una causa cualquiera se rompe este equilibrio, resulta

un movimiento que toma el nombre de *viento*. Esta causa es siempre la diferencia de temperatura entre las dos masas de aire contiguas. Supongamos que dos columnas de aire tengan la misma temperatura en toda su altura, estarán en equilibrio; pero si el suelo ó base sobre que descansan se calienta desigualmente, el equilibrio se destruye; las capas de aire, en contacto con la superficie más calentada, se dilatan, y haciéndose más ligeras se elevan produciendo una especie de vacío en el lugar inferior que ocupaban, cuyo vacío vienen á ocupar, impelidas por una fuerza física, las capas inferiores de aire de la columna contigua, y se produce así una corriente inferior de aire, es decir, un viento desde el suelo de la región fría al de la más caliente. Por el contrario, en la parte superior resulta una corriente desde la región caliente, hácia la más fría. Una experiencia muy sencilla puede dar á nuestros lectores una idea exacta de este fenómeno que pasa en la atmósfera. Si se abre la puerta de comunicacion entre dos habitaciones, la una muy caliente y la otra fría, puede comprobar cualquiera, empleando una luz ú otro medio, que en la parte inferior de la puerta hay una corriente de viento dirigida desde la habitación fría á la caliente, y otra corriente en la parte superior en direccion contraria. En invierno es fácil en cualquier casa hacer la prueba.

Veamos ahora la aplicacion de este fenómeno al caso de las brisas. Segun lo que acabamos de exponer, si la masa de aire que tiene por base el suelo de la costa se halla en las condiciones de la columna de aire, cuya base se calienta más que la de la inmediata, deberá resultar una corriente desde el mar á la costa; y, vice-versa, cuando el mar tenga temperatura más elevada que el suelo de la costa, la corriente de aire se dirigirá desde esta hácia el mar, y resultará la brisa de tierra. Observemos como esto debe suceder en las diferentes horas del día, y para comprenderlo téngase presente la siguiente experiencia.

Si se pone al sol una placa de hierro no pulimentado y un plato con agua, se observa bien pronto, por el tacto, que el

hierro adquiere un calor elevado, casi insoportable en estío, al paso que el agua apenas se ha calentado. Este experimento, repetido con materias de todas clases, ha enseñado que los cuerpos no pulimentados, de superficie desigual, y de color oscuro, se calientan al sol con gran facilidad, y aquellos cuya superficie es pulimentada y de color claro, y especialmente el agua, tardan mucho en calentarse. Se observa también que las mismas sustancias que se calientan con más facilidad son también las que se enfrían más rápidamente.

Ahora bien, el suelo de las costas con sus rocas, sus arenas y sus campos cultivados, y la atmósfera que le rodea, se calienta más durante el día que la superficie del mar y se enfría más durante la noche. Tenemos, pues, el caso de las dos columnas ó masas de aire cuyas bases se calientan desigualmente; durante el día es la base de la masa de aire que descansa en la costa más caliente que la correspondiente que tiene por base la superficie del mar, y al contrario durante la noche; durante el día, pues, habrá corriente de aire desde el mar á la costa; durante la noche, de la costa al mar.

A la caída de la tarde, y antes de salir el sol, hay próximamente la misma temperatura en el suelo y en el mar; el equilibrio de temperatura y de densidad de las masas de aire se restablece; no hay corriente de viento en uno ni en otro sentido, y por esto la calma que se observa á las citadas horas.

Hé aquí, pues, la sencilla explicación del fenómeno que es objeto de este artículo.

Los efectos de las brisas no son sensibles mas que á distancias cortas de la costa. Cuando por otra causa cualquiera se levantan vientos en la costa, se perturba, como es fácil comprender, la regularidad del fenómeno de las brisas.

Las brisas son regulares entre los trópicos; lo son ménos en nuestras costas.

Las embarcaciones de vela aprovechan estos vientos para entrar y salir de los puertos.

F. CARVAJAL.

LA BALADA

DE JUANA STILICH.

«La venganza es dulce al corazón de los montenegrinos; aun más allá de la mar azul, dulce es la venganza á todos los pueblos que rodean el Montenegro.»

En un casino de Xalassi-Mali, una acalorada contienda se ha suscitado entre Dragho Stilich y Arnold Miénesky, ricos los dos, el uno poseedor de una vasta plantación de ciruelos y moreras, el otro de numerosos rebaños de carneros de cuernos retorcidos. En lo más fuerte de la disputa, Arnold ha sacado su kandjar y Dragho cae sobre una mesa murmurando: Venganza!

«La venganza es dulce al corazón de los montenegrinos!»

Cuando lo levantan está muerto; pero sus ojos siguen abiertos. Juana Stilich, su viuda, hace llevar el cuerpo á su casa donde le depositan sobre una estera. El *Pope* (1) viene para bendecirlo; después colocan su pipa y sus armas cerca de él.

(1) Nombre que dan en Rusia al sacerdote de rito griego.

El reloj marcaba las cuatro, cuando Juana Stilich sale en busca del *Sardar* (1) de Xalassi-Mali.

«La venganza es dulce al corazon de los montenegrinos!»

Ella le dice: «Mi hijo apenas puede levantar una espiga de maíz y yo no tengo hermanos; tú tienes hermanos y cuatro hijos, capaces de manejar la carabina. Tú eras el amigo de Dragho; castiga al asesino. Es tu deber y yo te lo ruego.» Despues se arrodilla ante él. El viejo *Sardar* la mira y luego le dice:

«La venganza es dulce al corazon de los montenegrinos!»

—Pero Dragho Stilich no era mi amigo desde que en la última «Noël» rehusó cederme cuatro pieles de sus carneros para hacerle casacas á mis hijos. Sin embargo como tú eres bella, mis hijos y yo entraremos en campaña; despues serás mi esposa.

Juana le dirige una mirada furiosa y pasa la noche llorando cerca del cuerpo de su marido que conservaba siempre los ojos abiertos.

«La venganza es dulce al corazon de los motenegrinos!»

Al día siguiente corre Juana á casa de otros amigos del difunto; pero todos son tambien amigos de Arnold Miénesky. Desesperada vuelve á ver al *Sardar* y le dice:

—Acepto el trato.

Él se frota las manos de alegría.

Al volver á su casa, Juana cuenta todo al muerto, entre sollozos y le habla bajo al oido. Entonces se cierran sus ojos.

El reloj marcaba las cuatro.

(1) Gefe de canton.

«La venganza es dulce al corazon de los montenegrinos!»

—Pronto, hijos míos!... hagamos provisiones de pólvora, de balas y de víveres; calcémos nuestras *espadrillas* de caza, ajustemos nuestras cinturas, que nuestra *gunia* esté sólidamente sujeta á nuestro pecho y sobre todo echemos nuestro capoton de pelo de cabra para preservar de la lluvia nuestras armas y provisiones. Arnold Miénesky se ha retirado hácia los montes más altos y vamos á matarlo porque él mató á Dragho, nuestro mejor amigo.

«La venganza es dulce al corazon de los montenegrinos!»

Hábil y astuto, el *Sardar* dió bien pronto con las huellas del fugitivo; pero en el primer encuentro uno de sus hijos cayó herido en la cabeza. Al segundo dia, otro. El *Sardar* vacila ya en su seguimiento. Por su parte el homicida propone someterse á un arreglo. Un sacerdote se presenta á la viuda para inclinar su ánimo á la reconciliacion. Ella rehusa.

El reloj marcaba las cuatro.

«La venganza es dulce al corazon de los montenegrinos!»

A pesar de su negativa, el precio ordinario de una cabeza, (cien sequies), son enviados al *Vladika* (1) El *Vladika* convoca un *Kméti* (2) Todo se prepara en la iglesia donde debe celebrarse la misa de paz; ya se oyen las campanas. Doce madres jóvenes, con sus hijos en los brazos golpean la puerta de la viuda:

—Juana, Juana! abre; nosotras traemos para tí oro y pañuelos bordados.

La puerta no se abre.

(1) Obispo del Montenegro.

(2) Tribunal de reconciliacion.

«La venganza es dulce al corazón de los montenegrinos!»

—Juana, vecina, Juana Stilich, en nombre de nuestros hijos, concédenos tu perdón! Arnold se arrepiente. No fué más que una cuestión y nó rencores. Él se arrodillará á tus piés, colocando en su cuello el *kandjar* que mató á Dragho; ese *kandjar* es solamente el culpable; pero será roto y maldito por el sacerdote. Abre, Juana!

Juana sigue inflexible. Había hecho un juramento al oído del muerto y desdichados los que faltan á un juramento!

El matador de Dragho ha penetrado en los bosques. Ayudado de sus hermanos, y de dos hijos que le quedan el viejo *Sardar* se ve obligado á entrar de nuevo en campaña. Cansado de huir y de ocultarse, acosado de una parte por las fieras y de otra por sus enemigos, Arnold deja de defenderse; cae por fin herido por tres balas y su vencedor entra triunfante en Xalassi-Mali.

«La venganza es dulce al corazón de los Montenegrinos!»

Juana sabe la vuelta del Sardar. Saca su traje de boda del cofre donde está conservado entre lavanda y aspérula. Se viste, adorna sus dedos y orejas con sus joyas, su birrete resuena con una doble hilera de piastras turcas; en una mano lleva un huso, en la otra el manojó de llaves.

«El ha vengado á Dragho por poseer á su esposa.... y también el rebaño de carneros de cuernos retorcidos; no importa, yo le pertenezco!»

«La venganza es dulce al corazón de los montenegrinos!»

Ya anuncian los instrumentos la llegada del Sardar acompañado de sus hermanos y sus dos hijos. Juana sube al piso más elevado de su casa y cuando el futuro esposo se dispone

á llamar á la puerta:—Héme aquí—le dice, y cae cerca de él con la cabeza destrozada.

El reloj marcaba las cuatro.

El viejo Sardar no pudo poseer ni á Juana ni el rebaño de carneros de cuernos retorcidos.

«La venganza es dulce al corazón de los montenegrinos; aun más allá de la mar azul, dulce es la venganza á todo los pueblos que rodean el Montenegro.»

SAINTINE.

T. por J. V.



APUNTES BIOGRÁFICOS.

COPÉRNICO.

Nicolás Copérnico nació en Thorn, Prusia, el 19 de febrero de 1473, de una familia distinguida. Zernuke dice, no obstante, que era hijo de un siervo, y que su verdadero nombre era Zopernik. Terminados sus estudios preparatorios fué á Cracovia, donde obtuvo el grado de doctor en medicina, Siguiendo, sin embargo, su antigua y decidida inclinacion á las matemáticas, dedicó á estas su mayor atencion, familiarizándose al mismo tiempo con los estudios é instrumentos astronómicos.

Habiendo llamado su atencion la fama de Regiomontano, célebre astrónomo de aquel tiempo, resolvió pasar á Italia á fin de conocerle, y de 23 años se dirigió allá desde su país. En Bolonia se detuvo algun tiempo, y despues de hacer en esta ciudad algunas observaciones astronómicas, se dirigió á Roma, donde pronto se unió en estrecha amistad con el sábio, principal motivo de su viaje.

En Roma se le encomendó una cátedra de matemáticas, que desempeñó de un modo altamente honroso para él.

Trascurridos algunos años, pasó á establecerse en Frauentburg, donde un tío suyo, Obispo de Viarmi, le proporcionó

una canongía, suceso que no dejó de acarrearle bastantes disgustos. Mas su mérito, su derecho y su constancia triunfaron de toda clase de obstáculos y pudo por fin gozar de calma y tranquilidad.

En esta situación distribuyó su tiempo en tres ocupaciones: asistir á los oficios divinos anejos á su cargo, ofrecer sus servicios gratuitamente á cuantos á él acudían para curarse de sus dolencias, y consagrar el que le quedaba á sus estudios favoritos, las matemáticas y la astronomía.

Por alejado que estaba de los negocios, no pudo librarse de ser nombrado administrador de los bienes episcopales, lo cual se repitió varias veces en que la Sede quedó vacante. Semejante destino requería probidad y entereza, y de ambas cualidades dió Copérnico grandes muestras. Si citamos estos detalles, extraños, al parecer, á su gloria científica, es para demostrar que en este grande hombre, el amor al estudio y al retiro se unía á la firmeza y al valor que son necesarios, no ménos que la inteligencia, para atacar y derrocar preocupaciones que están hondamente arraigadas en el ánimo de los pueblos.

Copérnico habia estudiado lo que los antiguos decían sobre el sistema del mundo. Tampoco ignoraba lo que sobre lo mismo sostenían los modernos. En tanta variedad de opiniones escogió dos como puntos en que apoyarse, y que bien merecían distinguirse; una la de los egipcios, que hacia girar á Venus y Mercurio alrededor del sol, pero que presentaba á Marte, Júpiter, Saturno y el sol en movimiento alrededor de la tierra, otra, la de Apolonio, que pone al sol como centro de todos los movimientos planetarios, pero que hace á este astro girar, como la luna, alrededor de la tierra.

Sabia tambien que otros filósofos, colocando la tierra en el centro del mundo, habian osado darle un movimiento de rotación sobre sí misma, que producía los fenómenos de aparecer y desaparecer los astros, y la alternativa de los dias y de las noches.

Aprobaba aun más, que Philolaüs, quitando la tierra del

centro del mundo, la diera, no solo un movimiento de rotacion sobre su eje, sino tambien otro de traslacion alrededor del sol.

Tomando así lo que habia, á su juicio, de más verdadero en cada sistema, y desechando lo que le parecia falso ó complicado, llegó á formar ese admirable conjunto conocido con el nombre de *Sistema de Copérnico*, brillante y verdadera explicacion de nuestro sistema planetario.

Así comenzó Copérnico hácia el año 1507 á fijar sus ideas y á explicar sus doctrinas.

Despues de árduos y continuados estudios, despues de repetidas observaciones, todo lo cual fué el constante trabajo de su vida, emprendió la formacion de su obra *De orbium caelestium revolutionibus*, terminada, al parecer, hácia 1530.

La fama de estas nuevas ideas se habia empezado á extender por Europa; los más célebres astrónomos deseaban conocerlas por extenso; con este objeto le pedian que las publicase. Copérnico lo deseaba; sin embargo, se resistia. Estudiaba, corregia, observaba más y más, pero su doctrina no acababa de darse á luz, no siendo, segun dicen, poca parte para ello el temor de las censuras que preveia habia de provocar.

Copérnico, sin embargo, conoció que retardando más tiempo la publicacion tenia la ignorancia un campo más libre, y que la simple exposicion de tan claras verdades, con sus pruebas y demostraciones, seria el modo mejor y más seguro de refutar el cargo de *absurdas* con que algunos *sábios* de su época se habian atrevido á calificar sus doctrinas.

Para esto dió á sus amigos el permiso de publicar su obra.

Véase lo que dice en su dedicatoria á Paulo III, relativamente á algo de lo arriba indicado: «Lo hago porque no se me acuse de desdeñar el juicio de las personas ilustradas y para que la autoridad de Vuestra Santidad, si aprobais esta obra, me salve de las mordeduras de la calumnia.»

Imprimióse la obra en Nuremberg, bajo la inspeccion de de uno de sus discípulos, recibiendo el primer ejemplar de ella ¡triste coincidencia! el mismo dia de su muerte, acaccida el 24 de Mayo de 1543, á los 70 años de su edad.

Su sepulcro, que en nada se distinguia de los de otros canónigos compañeros de nuestro autor, fué adornado en 1581 de un epitafio latino, por el obispo Cromer, el Tito-Livio de Polonia. En 1800 le han construido un sencillo monumento, tributo, aunque humilde y tardío, rendido á su memoria.

Gassendi, entre otros, ha escrito su vida, y en 1829 se le ha levantado una estatua en la ciudad de Varsovia.

Su vida fué un modelo de amor al estudio y perseverancia, por mitad repartida, entre los cuidados de su sagrado ministerio y la ciencia, á la que tanto honor y lustre habia de darla con su nombre.

F. V.



VARIEDADES.

VERSALLES.

El origen de Versalles es dudoso. Antes de Luis XIII era todavía un pobre lugarillo con una iglesia que se suponía del año 1084, y punto de reunión para las cacerías en el interior de los bosques que lo rodean.

La prosperidad de Versalles empezó en el reinado de Carlos IX quien hizo establecer allí cuatro ferias y un mercado.

El señor de aquella comarca, Antonio de Loménie, vendió Versalles á Luis XIII, quien desde 1627 hizo edificar un pabellon y despues una casa más grande con 43 metros de fachada por cada lado, dos naves y cuatro pabellones. Tal era el palacio, cuando en 1660, Luis XIV concibió el proyecto de hacer allí una de las residencias más suntuosas del mundo.

«El génio del hombre, luchando con la naturaleza: los ríos desviados de su curso para llevar sus aguas á las fuentes de mármol; todas las artes rivalizando á la vez en su celo para realizar la grandeza de la idea que las habia convocado; un palacio más espléndido que todos los palacios de los reyes, levantado con los planos de Mansard y decorado con las joyas del pincel de Lebrun; magníficos jardines delineados por Le Nôtre y adornados de obras de primer orden de Puget y Girardon; una casa soberana prodigando por millones los ricos tri-

butos de sus conquistas; una corte ostentosa contribuyendo con su lujo al esplendor de esta mansion real; y por último, aquellas primeras fiestas dispuestas por Colbert, animadas por Molière, celebradas por La Fontaine y presididas por un semi-Dios, brillando de juventud amor y gloria: tal fué el espectáculo que presentó la magnífica creacion del palacio de Versalles.»

El palacio de Versalles fué terminado en 1672, y Luis XIV, fijando en él su residencia, llevó allí los ministerios, las administraciones y las diversas dependencias que dan esplendor á las ciudades. Luis XIV no abandonaba á Versalles mas que para ir á Saint-Denis. Durante la minoria de Luis XV la corte tenia su residencia en Paris; en 1725, volvió á Versalles, que contaba entonces cerca de 100.000 almas, permaneciendo allí hasta 1792. La Convencion hizo del palacio de Versalles una sucursal de los Inválidos; ya se trataba de destruirlo, cuando en 1798, Bonaparte salvó el monumento real, uniéndolo más tarde al patrimonio de la Corona. Siendo emperador, Napoleon pensó en restituirle su antigua grandeza. Gondoin presentó un proyecto que se elevaba á 50 millones y que no pudo tener efecto; Percier y Fontaine presentaron otro de seis millones, que no fué resuelto por la campaña de Rusia. Luis XVIII le hizo emprender y fué restaurado el edificio; pero la prudencia del monarca retrocedió ante los considerables gastos que eran necesarios para hacerlo habitable.

Luis Felipe le dió la más noble aplicacion que era posible darle dedicándolo á «todas las glorias de la patria.» Haciendo desaparecer las mezquinas distribuciones, se pudieron crear nuevos salones y galerias inmensas para esponer, como en un museo, las riquezas de las artes; se restauraron los artesanos y las pinturas prodigando por todas partes el oro en muebles y adornos; Luis Felipe hizo más, hizo recordar sobre el lienzo todos los hombres, todas las acciones, todas las batallas que han ilustrado los anales franceses, desde los primeros tiempos de la monarquía hasta nuestros dias. Allí resplandecen los más célebres hechos de armas de la Francia.

La coleccion que contiene este *Museo nacional*, se compone de cuadros, retratos, bustos y estatuas, vistas de castillos y marinas.

Los cuadros representan:

- 1.º Las grandes Batallas que desde el principio de la monarquía hasta nuestros días han inmortalizado á las armas francesas.
- 2.º Los acontecimientos más notables.
- 3.º El Siglo de Luis XIV.
- 4.º Los reinados de Luis XV y Luis XVI.
- 5.º Los acontecimientos memorables de 1792.
- 6.º Las victorias de la Republica.
- 7.º Las campanas de Napoleon.
- 8.º Las acciones extraordinarias del Imperio.
- 9.º Los reinados de Luis XVIII y Carlos X.
- 10.º La revolucion de 1830 y el reinado de Luis Felipe.
- 11.º Los fastos militares del reinado de Napoleon III.

Una coleccion de cuadros representa la campaña de Italia.

Los retratos comprenden:

- 1.º Una coleccion de los reyes de Francia desde Pharamond hasta Luis Felipe.
- 2.º Todos los grandes almirantes de Francia.
- 3.º Todos los condestables.
- 4.º Todos los mariscales.
- 5.º Los generales y oficiales mas ilustres que se han distinguido en los fastos de la gloria militar del país.

En el gran patio de entrada se vé la estatua ecuestre de Luis XIV rodeada de diez y seis estatuas colosales que representan: Duguesclin, Bayard, Turenne, Condé, Duquesne, Duquay-Trouin, Tourville y Suffren, Suger, Sully, Richelieu, Colbert y los mariscales Masséna, Jourdan, Montebello y Trévíse.

El *Salon de las Péndolas* debe su nombre al magnífico reloj de Pasmant, construido por Dauthiot, que se distingue entre otros y marca con regularidad los cambios atmosféricos, las fases de la luna, la carrera de los astros, los días, los meses y los años. De este salon se pasa al *Gabinete de Cacerias* bajo el cual está la escalera donde Damiens hirió á Luis XV con un cortaplumas. Sigue el comedor de Luis XIV. *La Sala de las Cruzadas*, en otro tiempo dependencia del salon de la Comedia, ha sido decorada con cuadros describiendo la historia de las Cruzadas.

Entre los grandes salones, llaman la atención la *Sala de la Consagración*, el *Salon de Diana*, el de *Marte*, el de *Mercurio*, el de *Apolo*, ántes salon del Trono, donde Luis XIV recibió á los embajadores de Siam y de Persia, *Salon de la Guerra*, la gran *Galeria de Cristales*, el *Salon de la Paz*, el de la Reina y la *Sala de acuarelas*, donde en más de trescientas se ven las campañas de 1795 á 1809.

El piso bajo, en la parte central, contiene los salones de los *Almirantes de Francia*, de *Condestables*, de *Mariscales*, de *Guerreros célebres* y *Reyes de Francia*.

El ala del Sur, contiene en el piso bajo las galerías de Napoleón y de Esculturas y en el principal la *gran Galeria de las Batallas*, la *sala de 1830* y otras. La del Norte, la galería llamada de la *Historia de Francia*, la de estatuas y tumbas de los reyes. En el primer piso la Capilla, otras galerías notables y la *Sala de la Opera* recientemente restaurada.

Citaremos por último los jardines del palacio, el parque, sus fuentes y surtidores, sus alamedas umbrosas y los dos TRIANONS, retiro predilecto de Maria Antonieta.

Traducido para la REVISTA DE MÁLAGA.

DIRECTORES PROPIETARIOS.

ENRIQUE RIVAS.

JOAQUIN M.^o VERDUGO.
